





DON TOMÁS NAVARRO TOMÁS

# BOLETÍN

DE LA

## REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

AÑO LXVI.-TOMO LIX.-SEPTIEMBRE-DICIEMBRE.-CUAD. CCXVIII

---

---

Tomás Navarro Tomás  
(1884-1979)

La prolongada ausencia de Tomás Navarro ha hecho que su realidad humana sea desconocida para muchos de los actuales académicos. Para la mayor parte de la Corporación, Tomás Navarro es tan sólo una figura *de libro*, un nombre colocado en la cabecera de muchas páginas impresas. Con él, sin embargo, desaparece el último representante de una generación de egregios actores en el campo de la ciencia española y, lo que es más, de una brillantísima época de nuestra Universidad. Me refiero al período 1910-1936, en que la tarea del Centro de Estudios Históricos, dependiente de la Junta para ampliación de estudios e investigaciones científicas, trasformó por completo, bajo la mano rectora de Ramón Menéndez Pidal, el panorama de la lingüística española.

Nuestro director ha querido que sea yo quien haga esta penosa labor de recordar al académico recién desaparecido (aunque otras voces podrían hacerlo con mucha mayor razón que yo: pienso, por ejemplo, en Rafael Lapesa o en Salvador Fernández Ramírez, tan estrechamente unidos a aquella labor). Sin duda, se ha basado, para encargarme estas palabras, en el hecho de que yo sea el último de los discípulos de Nava-

rro en España. En efecto, en el sucesivo aparecer de promociones de estudiantes que se dedican a *algo* entre lo mucho que la Universidad presenta, soy de la última que llegó a trabajar con Tomás Navarro. Esto lleva mi recuerdo a 1931, 32, 33..., en aquella inolvidable Facultad de Filosofía y Letras, a medio construir entre campos de trigo y escombreras y trenes de vagonetas que trasladaban la tierra de los desmontes, una casa roja a medio hacer, pequeño rincón entre los ambiciosos planos de la Ciudad Universitaria madrileña. La Facultad regida por el tacto exquisito de Manuel García Morente. Facultad estrechamente unida al Centro de Estudios Históricos, instalado no hacía mucho en el viejo Palacio del Hielo, en Medinaceli, 4. En el segundo piso está el Laboratorio de fonética. En aquel hueco del Centro, convertido casi en familiar refugio, entre los quimógrafos, el gramófono, los estantes con los discos del Archivo de la Palabra y el material creciente del Atlas lingüístico de la Península, se estrenó mi trato con Tomás Navarro.

Tomás Navarro había nacido en La Roda, pueblo de La Mancha albaceteña, en 1884. Como ocurre siempre, allí comenzaron sus primeros contactos con los libros. Son los años del Instituto de Albacete, el viejo caserón maloliente de la calle Zapateros, en el ensanche rústico de la ciudad (y, donde, por cierto, también cursó alguna cosilla don Ramón Menéndez Pidal, llevado allí, niño, por exigencias familiares). Tomás Navarro comenzó sus estudios universitarios en Valencia y los terminó en Madrid, donde se doctoró. Fue aquí el encuentro con el maestro común y su iniciación en la práctica investigadora. En los momentos primeros de la escuela pidaliana, Navarro Tomás se encargó del estudio de documentos altoaragoneses, de la misma manera que Castro y Onís se encargaron de los Fueros leoneses. Tomás Navarro se encontró en aquellos documentos con una lengua en su mayor parte desconocida. Para completar el entendimiento y estudio



de ella, Navarro hizo su primer viaje de dialectólogo: una excursión por el Alto Aragón, para ver qué relación había entre los viejos documentos y el habla viva de aquellas comarcas donde se escribieron —aparte de perseguir nuevos textos en los archivos de catedrales y monasterios—. Esta primera expedición de Navarro quedó reflejada en las *Memorias* de la Junta, 1907.

La suerte estaba echada. El joven filólogo de 23 años nos presenta ya la doble vertiente de su quehacer. Por un lado, los textos, con su aparato de variantes; por el otro, la lengua viva, con sus matices. Y a ambas vertientes se entregó, obediente al consejo de Menéndez Pidal: una escrupulosidad extraordinaria, una entrega sin vacilaciones. “En investigación —decía don Ramón—, como en cualquier aspecto de la vida, la disciplina ética es la base de todo; la probidad es antes que la capacidad.”

Las meditaciones sobre los viejos documentos llevaron a Navarro a ingresar en el cuerpo de Archiveros, bibliotecarios y arqueólogos. Fue destinado a Ávila, donde permaneció muy poco tiempo. De allí pasó al Archivo Histórico Nacional. En el breve período abulense, hemos de colocar su edición de *Las moradas* (1910). Con este volumen se inauguraba otra empresa que iba a suponer mucho en nuestras actividades filológicas: la colección de Clásicos Castellanos de *La lectura* primero, de Espasa-Calpe después.

Para los que llegamos a la vida del Centro a caballo entre él y la Universidad, y ya con unas técnicas de trabajo hechas, maduras, consagradas, y con un claro repertorio de necesidades y proyectos, nos llamaba poderosamente la atención el esfuerzo inaugural de los maestros y la cicatera limitación de medios materiales con que se levantaba, día a día, el imponente edificio de su labor, el cuidadoso tacto y tino con que se habían ido escogiendo e incorporando las sucesivas capas de maestros ya ilustres, y, sobre todo, nos imponía el aire de rígida sencillez con que se hacían las

cosas. Nada de pedantería, pero también un casi absoluto destierro de las bromas o de la ironía. Seriedad ante todo, seriedad por ella misma. Desde mi generación, esto se veía, a veces, muy llamativamente. Mi generación era ya, aunque no tanto como las que han venido detrás, muy propensa al tuteo. En el Centro, el *usted* era inevitable. Colegas cercanos, muy cercanos, han seguido tratándose de usted siempre. Y siempre eran impecables en su vestir, en su porte exterior. ¿Cómo sería, dentro de este culto a la corrección externa vagamente institucionista, la excursión dialectal de 1911, de la que tanto he oído hablar a alguno de sus componentes? En el verano de 1911, sin comodidades de alojamiento, con unos transportes también acomodados a esa época, con el respeto agobiante, y siempre en vilo por la figura del maestro director, con la servidumbre por ciertas formas de vestir, don Ramón Menéndez Pidal se echó al campo acompañado de Tomás Navarro, Américo Castro, Federico de Onís y Martínez Burgos. El viaje es por Asturias, León, Zamora, Salamanca. Don Ramón quiere oír, sí, romances, pero quiere también comprobar algunos extremos que en su *Dialecto leonés* (1906) han quedado en el aire. Hoy, al ver esos nombres unidos moviéndose por la tierra leonesa a la caza de formas populares de vida, de la intrahistoria, se entiende un poco más la profundidad de los afanes noventayochistas. Y también me atrevo a pensar, empujado por la historia subsiguiente, que ya entonces se plantearían las disensiones y diferencias posteriores, que, en algún caso, llegaron a ser rotundas y definitivas. Un tira y afloja de opiniones dispares sobre los sonidos dialectales, o sobre los objetos de la artesanía popular, los romances o las adivinanzas, o sobre la actitud de los guardianes de archivos e iglesias... Pero, quizá, lo más destacable es que detrás de la expedición estaba la comezón despertada por el *Atlas lingüístico de Francia*, de J. Gillieron, cuyo último fascículo había ya llegado a España. Dicho de otro modo,

se estaban poniendo las bases para el futuro, trabajado y nunca llegado a puerto, *Atlas lingüístico de la Península Ibérica*.

En esa excursión se vio claramente la necesidad de utilizar un instrumento, unas técnicas de análisis fonético que hiciesen válido para el estudio todo el material recogido, además de un rigor exquisito en la dirección y práctica de las encuestas, y un adiestramiento en común de los colaboradores. Tantas y tantas necesidades. Pero, muy especialmente, vieron la urgente exigencia de una preparación fonética, un serio y exacto conocimiento de la articulación, una base de la que partir. En ese viaje se fraguó la dedicación de Tomás Navarro a la ciencia fonética, en la que, en poco tiempo, habría de ser la autoridad indiscutible. Durante los años 1912 y 1913, Tomás Navarro recorrió los laboratorios de fonética más destacados en Europa. Navarro, un joven filólogo de 28 años, ya con algunas publicaciones a la espalda (ediciones de Santa Teresa y de Garcilaso, el *Catálogo de los documentos de la sección de Clero*, del Archivo Histórico Nacional, *El perfecto de los verbos en -ar en aragonés antiguo...*), aprende fonética con Grammont y Millardet en Montpellier, con Viëtor y Wrede en Marburgo, con Sievers en Leipzig, con Panconcelli Calzia en Hamburgo. Aún alcanzó el laboratorio Rousselot en París, y pudo conocer la organización que Gauchat y Jud tenían en Zurich para la marcha del *Glossaire des patois de la Suisse romande*. Y no fue sólo la ciencia fonética lo que Tomás Navarro acomodó a la investigación española en aquellos días. En su estancia en esos países se familiarizó con las revistas más destacadas de la especialidad, la *Revue de dialectologie romane*, la *Zeitschrift für romanische Philologie*, en su tiempo ejemplares por la disposición de los materiales. Del estudio de estas revistas, una vez vuelto a España Tomás Navarro, en 1914, muy poco antes de la Primera Guerra Mundial, se benefició extraordinariamente la *Revista de Filolo-*

*gía Española*. Le oí decir a Navarro muchas veces que, una vez puesta en marcha la revista, la primera suscripción que llegó a la redacción fue la de Miguel de Unamuno. En torno a esa revista se fueron aglutinando las sucesivas generaciones que se incorporaron al Centro y sirvió de ejemplo a las demás secciones de la organización (arte, historia del Derecho, más tarde las lenguas clásicas). El primer núcleo de investigadores podía estar satisfecho de su labor. Para todos los que fueron llegando, Tomás Navarro fue maestro y guía.

Fruto principal de la dedicación de Navarro a la fonética fue su *Manual de pronunciación española*, cuya primera aparición data de 1918. Desde entonces, ese libro se ha venido reeditando o reimprimiendo copiosamente, y así sigue, a partir de la cuarta edición, la de 1932. Desde 1950 viene acompañado de un suplemento en el que Navarro recogió lo que la sucesiva y más joven investigación iba poniendo en claro, especialmente lo dialectal. Ese libro se convirtió rápidamente en el libro de cabecera de toda persona dedicada, por oficio o por devoción, al estudio de la lengua española. Fue traducido al alemán por Fritz Krüger (1923) y Aurelio Espinosa hizo una adaptación al inglés (1926). Bajo el influjo de la doctrina contenida en el *Manual de pronunciación*, la enseñanza de la lengua española cambió de signo, elevó su nivel científico y se orientó de modo uniforme y claro en todas partes, sin descuidar ni un momento las variedades regionales, locales o de nivel social. Hoy, quizá, ya no están vigentes todos los supuestos históricos sobre los que descansa la teoría. La enorme diversidad de los polos de atracción cultural o política, las diversas corrientes extrañas que han ido operando sobre el habla viva, las migraciones en ocasiones importantísimas, las conmociones sociales acaecidas, etc., pueden haber trasladado el fiel de la balanza en que se mueven los supuestos de Navarro. Pero siempre habrá que oír sus razones, habrá que contar con él en largo tiempo y, estoy seguro, no le

cabría mayor satisfacción que la de saberse corregido en este o en aquel extremo, siempre que lo fuera con argumento suficiente.

Como era de esperar, la aparición del *Manual* y de otros trabajos relacionados con la descripción del habla viva, hicieron necesario recurrir a un alfabeto fonético. Se trataba de poner en circulación, sobre el área hispanoparlante, un alfabeto fonético que sirviera por igual al lingüista teórico, al profesor de lengua viva y al dialectólogo. Es decir, al estudioso de los fonemas en abstracto, al que procura enseñar la pronunciación correcta desde un punto de vista puramente práctico y al que ha de llevar al papel, con la máxima escrupulosidad, la imagen sonora de las variedades locales. De esta forma nació el sistema de transcripción de la *Revista de filología española*, a base de signos diacríticos, alfabeto que hoy sigue, en gran parte, vigente en nuestros estudios a ambos lados del Atlántico, a pesar de la mantenida y soterrada labor dirigida a alterar, olvidar o sustituir los fundamentos doctrinales de Navarro. La capacidad de transcripción del alfabeto fonético de la *Revista de Filología Española* ha quedado demostrada en los numerosos trabajos que, en materia dialectal, han venido sucediéndose.

Sobre esa sólida base, universalmente reconocida, Tomás Navarro se dedicó a la investigación de la geografía fonética. Persiguió en el terreno (en gran parte como fruto o quehacer lateral a las encuestas del *Atlas lingüístico de la Península*) los hechos fonéticos diferenciales, estableciendo así isoglosas, fronteras, áreas de influencia cultural, histórica, social, etc., que eran las auténticas causantes de la división dialectal de la Península. Sus numerosas publicaciones fueron creando una visión del habla peninsular no tan compacta y homogénea como se creía, ni tan impresionantemente delimitada. El *Atlas*, obra magna en su tiempo, que aprovechaba hasta donde podía las experiencias de los existentes, quedó detenido casi en ademán, por las

razones que nos son conocidas, razones de muy diverso origen. Con esta obra, a pesar de sus innegables limitaciones, España pretendía acercarse al panorama de la brillante geografía lingüística europea. Si los avatares de toda índole que han impedido al *Atlas peninsular* salir a ganarse la vida a su debido tiempo y con uniformidad de método no son tenidos muy en cuenta, seremos injustos. Asombra que, en muchos extremos, las investigaciones posteriores, hechas con gran despliegue de medios, vengan todavía a coincidir con muchas de las consecuencias ya expuestas por Navarro en los trabajos emanados del *Atlas*. Pero, repito, no olvidemos que por debajo del enorme hiato que existe entre la recolección de los materiales (no total, por añadidura) y su publicación, se remansa un enorme lago de sangre y desencanto, mucho más presente y digno de ser tenido en cuenta que las mudanzas de las teorías científicas o de las personales actitudes. El incompleto *Atlas*, superado por los parciales, fue, o quiso ser, una instantánea del habla española de los años treinta y fue, ante todo, una clara voluntad de existencia, un aliento poderoso. Nuestro reconocimiento a Navarro y a sus colaboradores no debe ser jamás regateado.

No quisiera dar aquí un frío catálogo de las publicaciones de Tomás Navarro, páginas en las que tanto aprendimos y que tanto manejamos en esos años del estreno de vocaciones: *Siete vocales españolas* (1916), *Cantidad de las vocales acentuadas e inacentuadas* (1917), *La metafonía vocálica* (1923), *Palabras sin acento* (1925), *Diferencias de duración entre las consonantes españolas* (1918), *La articulación de la l castellana* (1917), *Pronunciación guipuzcoana* (1925)... y tantos más. Su mirada atenta al contorno puso sobre la mesa problemas que aún, a pesar de los cambios, nos atañen. Nos quejamos hoy de la lengua de la televisión y procuramos esgrimir argumentos que nos ayuden, argumentos que van desde la razón de una prosodia tolerable hasta el esfuerzo por mantener la unidad del

español en su dilatado ámbito. Las mismas preguntas se hizo Navarro ante las situaciones planteadas por las primeras películas habladas, y así las expuso en *El idioma español en el cine parlante* (1932). ¡Qué decidido caminar, qué tensa maestría, adquirida paso a paso, sin descanso, desde *El perfecto de los verbos en -ar en aragones antiguo* hasta *La frontera del andaluz* o el *Análisis fonético del valenciano literario* (1934)! Una larga teoría de trabajos que le dieron su bien ganado renombre de investigador, prestigio que fue reconocido por la Real Academia Española en 1935.

En su recepción, mayo adentro (fue la vez primera que yo entré en el edificio de la calle de Felipe IV), Tomás Navarro leyó su *Acento castellano*, excelente acopio e interpretación de datos y opiniones sobre la entonación española. En sus observaciones se preludeaba ya otra faceta de su actividad, la que iba a encarrilarse, con frecuencia, a un andamiaje de validez artística. De ella son buen ejemplo el *Manual de entonación* (1944), su *Fonología española* (1945) o su *Sentimiento literario de la voz* (1965). Una cita aparte merecen en esta enumeración los artículos dedicados a Pedro Ponce, Juan Pablo Bonet y Ramírez de Carrión, en torno al arte de enseñar a hablar a los mudos (1920, 1924). Navarro demostró que, aparte de su excepcional y avanzada tarea en la enseñanza, estos españoles del XVI y del XVII hicieron realmente fonética. Muy especialmente Juan Pablo Bonet, el hombre a quien Lope de Vega dedicó *Jorge Toledano* y al que escribió una hermosa *Epístola*, incluida después en *La Circe*.

En el camino de nivelación con Europa que el Centro de Estudios Históricos había emprendido, nació el Archivo de la Palabra. Se pretendía hacer algo parecido a lo que ya se venía haciendo en el Instituto de Psicología de Berlín o en el Museo de la Palabra de París, entre otros. Sus planes consideraban la acogida de las diferentes variedades del habla, la música y cancionero tradicionales, las manifestaciones artísticas de

la lengua literaria y, finalmente, la voz de personalidades destacadas. Hoy, sin duda alguna, esto nos parece elemental, espontáneo. De tal manera se ha hecho usual, que hasta tenemos que defendernos de las grabaciones piratas de nuestra voz. Pero en 1932 era muy distinto. Tenía un regusto de brujería, de misterio profundo. El estudiante de entonces, que, callado y casi pasmado, asistía a las grabaciones, tan imponentes y trascendentales, llegaba a participar de los innumerables temores de la persona que hablaba para el viento. Caso especialísimo fue el de Unamuno, que se negó en redondo a oírse. En su discurso, uno de aquellos discos frágiles, de muy corta duración, se oían perfectamente las vacilaciones que la emoción le producía, se perciben demasiado cercanas las quejas del cuadernillo estrujado una y otra vez, cuadernillo del que leyó. Unamuno no quiso oírse, no quiso percibir el, para él, congojoso sentimiento de escuchar su voz fuera de él, quizá después de él... Tomás Navarro contaba que tampoco Azorín quiso escucharse. Los demás que se grabaron (Juan Ramón, Menéndez Pidal, Cossío, Baroja, Valle Inclán, Cajal...), aseguraban, acordes, que su voz no era así, pero reconocían la de los demás...

Cuando, años después de la dispersión comenzaron a llegar los frutos del trabajo en el destierro, Navarro acude puntual a la cita. Los problemas son los de siempre (los que estudia, quiero decir), pero la visión general se ha ido redondeando, orillándose de nostalgia, de imprecisión, de lejanía. Ahí están su revisión del habla criolla de Curaçao (1953) o su mirada al hablar dominicano (1956). Una cita especial hay que dedicar al *Cuestionario lingüístico hispanoamericano* (1945), que, publicado en Buenos Aires, ha sido la guía irremplazable de toda la dialectología hispanoamericana posterior. En fin, Tomás Navarro no ha dejado un solo día de dar testimonio de actividad. En mi quehacer de dialectólogo, ¡cuántas veces ha habido que arrancar de la mano de Navarro!



Cuando al comenzar mis primeros pinitos en el oficio estudié el habla de Mérida y me tropecé con el rehilamiento y con las diversas realizaciones de las aspiradas y las implosivas, ¿es que no tenía que acudir a Navarro una vez y otra? Cuando años después, en colaboración con otro gran maestro, nuestro director, estudiamos el desdoblamiento vocálico en la Andalucía oriental, ¿no tuvimos que buscar y mirar cuidadosamente las notas que Navarro publicó en Praga, en 1939, en el Homenaje a Trubetzkoy? No insistiré sobre lo que ha supuesto para los estudiosos de dialectología hispanoamericana *El español de Puerto Rico*. La base de este libro estaba muchos años atrás (1927-28) con motivo de un curso en la isla. Fue entonces el acarreo de los materiales. Diré solamente que no existía en el momento de su aparición (y así ha pasado hasta bastante tiempo después) una parcela del habla hispanoamericano tan cariñosa y menudamente estudiada. A veces pienso que el impulso que llevó a Navarro a publicar un libro que corría el riesgo de nacer viejo (1948), no fue otra cosa que la nostalgia de la tierra peninsular, la pérdida, que el veía o creía ver renaciente en cada variante fonética, en los ángulos del paisaje, en los dialectalismos o en los arcaísmos, en las horas de silencio sobre los mapas. Ese trasfondo es el mismo que ha llevado a tantos, cada cual según sus inalienables apreciaciones, a elaborar nuevas interpretaciones de la realidad española, nuevas aportaciones al común tesoro, nuestra lengua. Es el inaplazable hundirse de Pedro Salinas en Puerto Rico para poder seguir oyendo español y poder así escribir, o las situaciones parecidas de Juan Ramón, o los plurales caminos que han llevado a Américo Castro a *La realidad histórica de España*. Es el fruto del destierro, donde la patria se hace celeste, como Dante sostenía, el destierro y los caminos ocultos de sus jugarretas.

El destierro de Tomás Navarro ha sido el más lar-

go, el más cumplido de toda la pequeña historia del último destierro masivo. Desde un punto de vista puramente externo, su destierro empieza en los últimos días de enero de 1939, cuando, conquistada Barcelona por el ejército nacionalista, las instituciones gubernativas republicanas inician su marcha hacia la frontera francesa. En esos momentos, Tomás Navarro, me parece, desempeñaba un puesto próximo al de Director general de Archivos y bibliotecas. Pero, en realidad, para Navarro el éxodo ha comenzado casi tres años antes. Ha comenzado el día en que, también por disposición dictada por la coyuntura militar, el gobierno republicano ordenó la evacuación de los intelectuales que quedaban en Madrid. El Centro de Estudios Históricos, como era de esperar, figuraba en la vanguardia de la expedición. Debí de ser, si mi memoria no me engaña (y solamente ante la circunstancia concreta de estas páginas lo intento recordar) en los días iniciales de noviembre de 1936, ya los primeros bombardeos de la artillería blanca cayendo sobre Madrid. Me despido de Navarro, quien, por el bailoteo circunstancial de los cargos, desempeña en ese instante la dirección de la Biblioteca Nacional. Estamos en la puerta del Centro, en Medinaceli, 4. Le acompaña esa tarde don Ramón Menéndez Pidal. La calle, las seis de la tarde más o menos, está vacía, una luz gris y estremecida rodeándola. La iglesia frontera, cerrada, convertida en algo ocasional, almacén, depósito de algo, cuartel, qué sé yo qué. No hay nada del bullicio ordinario de extranjeros y gentes variopintas en la esquina del Hotel Palace, sustituido de sopetón por un angustioso alboroto de ambulancias: Se está convirtiendo el lujoso hotel en hospital de sangre. Nuestra despedida es cortés, rápida. No se sabe de qué hablar. Tampoco sale de los labios un "Hasta mañana", un "Hasta cuando fuere". El tiempo no cuenta en tales circunstancias. En ese minuto preciso de la tarde novembrina, todos estamos absolutamente igualados por la locura envolvente: un

pasmo infinito en la mirada, una inmensa pena en el corazón. Cómo decir entonces “Hasta mañana”, si el mañana es una atroz duda, un penetrante escalofrío. Detrás de la puerta de Medinaceli, 4, no podíamos calcularlo bien al decirnos adiós, se quedaba guillotinado un período excepcional y fecundo de nuestra historia científica. Lo que hasta ese día había sido una arrogante afirmación se trocaba en una interrogación difusa. La subsiguiente aventura de los supervivientes no ha tenido otra meta que la de luchar contra la inseguridad y lograr salvar lo que en ciencia es fundamental: la continuidad.

Sí, para Tomás Navarro comenzó esa tarde el destierro. Allí se quedaba todo cuanto había hecho y lanzado al ruedo del trabajo, por la ciencia fonética española: Se quedaba el Archivo de la Palabra, con sus instrumentos entonces mágicos y hoy absolutamente risibles; se arrinconaban los quimógrafos, grandes o chicos, hoy habitantes de las trasteras o de cualquier cuchitril del Rastro; se quedaban apiladas las pruebas de los antiguos documentos, con tantas y tantas horas de vigilia a cuestras, meditación y vista consumida; andaban caídas por los pasillos las horas rutinarias de las clases y los adiestramientos del oído para las transcripciones fonéticas. Cuánto, cuánto se había hecho allí dentro. Por delante, el camino que se abría sólo prometía la zozobra de los tres años de contienda, la huída posterior, la enemiga disimulada de una nueva, quizá interesada, “actitud científica”. Unos años de los que no vale la pena hablar.

Volví a ver a Navarro muchas veces, en la Barcelona desorbitada de la guerra. Estaba el Ministerio en la Plaza de la Bonanova, una casa alta, que parecía aún más alta por ser muy estrecha de fachada y estar rodeada de casas bajitas. Muchos nos preguntábamos qué demonios hacía aquel ministerio en tan duros momentos, con la movilización general, el desbarajuste al máximo y la vida civil al mínimo. Pero algo hacía. Había

sacado, por ejemplo, de Madrid, los trabajos en marcha (Navarro se encargó personalmente del Atlas en elaboración) y quizá hizo otras cosas que yo no sé y que quizá tampoco sabían muy bien qué eran los mismos que las estaban haciendo. Todo era impulso repentino, instintivo, apresurado. Por esos impulsos se salvó el Museo del Prado. He oído decir, con frecuencia, mucho después, que si se hizo en malas condiciones el traslado de los cuadros, que si no había garantías, que si fue un milagro que llegaran a un destino... Qué fácil es dar soluciones perfectísimas desde fuera y a distancia. Para tecnicismos respetuosos estaba el horno. ¿Se habría arreglado con retórica el diálogo interrumpido? De aquel arrebatado ciego sobrenadó la realidad última de seguir viviendo las telas portentosas, las páginas más significativas de nuestro pasado. Pues bien, en torno a este asunto, los noticiarios y revistas cinematográficas, los periódicos todos, los folletos de la propaganda divulgaron una fotografía en la que unos eruditos ingleses, tan afligidos siempre por la barbarie latina, venían a comprobar la protección que se dispensaba a los cuadros del Prado. En esa imagen, aparecen *Las Meninas*, tensas, sacadas de su refugio en las Torres de Serranos. Hay mucha gente en esa fotografía. A un lado, junto al cuadro, está Tomás Navarro, serio, grave, encorbatado, clamoroso su traje frente a los monos de faena, los equiposseudomilitares, el visible calor del mediodía valenciano. Quizá es la única persona que, en ese momento, trata de usted a los soldados, obreros, carpinteros, funcionarios, curiosos... La foto corrió por todas partes. El contraste de Tomás Navarro con los demás retratados marcaba muy bien el paso del tiempo, el violento hiato que dividía nuestra sociedad.

En la primavera de 1938, ya debe de ser Jefe del Gobierno Juan Negrín, la administración republicana quiere ir cambiando la cara de la retaguardia. Se recomiendan, gubernativamente, discretas costumbres bur-

guesas. Se aconseja a las señoras de los directores generales, de los altos mandos del ejército, de la política, etc., que hasta lleven sombrero a los actos oficiales. (¡Llevar sombrero, con las mudanzas de la moda en tres años de desdén y ausencia por sus normas! No les debió hacer mucha gracia aquella confesión de coquetería en la clandestinidad, con halos de naftalina.) Para el gobierno, se trataba, diríamos hoy y no lo decíamos aún entonces, de *ir creando una imagen*. Una imagen que acerque algo la realidad revolucionaria y empobrecida a la realidad cómoda de algunos países que nos puedan mirar con recelos. Los ojos de los soldados y de la espantada gente de a pie de la retaguardia volvieron a ver, con un asombro indecible, entierros con cruz alzada por las encrucijadas de Barcelona. Había que demostrar que la libertad de cultos regía. Los periódicos, las películas, hasta cartelones por las calles gritaban las fotos oportunas, todo el mundo muy colocado, serio y peripuesto. Me temo que ni siquiera el muerto, si es que lo había, creyera en tan forzada ortodoxia, pero... Pues bien, en esa orientación, en ese camino de manipulación sociológica, el Ministerio organizó, y aún me sigo asombrando de que saliera adelante, una temporada de ópera en el Liceo, marzo-abril de 1938. Se trajo una compañía francesa, ya que no hubo manera de rehacer una española, dispersas las gentes por los frentes, separados por las luchas políticas, el destierro, las depuraciones... Se cantó *Sansón y Dalila*, de Saint Saëns. En uno de los palcos del proscenio está Tomás Navarro. Le acompaña su colega en la Real Academia Española, Enrique Díez Canedo, quien también morirá en el exilio, en Méjico, en 1944...

Hablamos en uno de los largos entreactos. Ya no puedo recordar, claro es, la conversación. Además, para qué. La voz de Navarro suena ya con una sutil orla desengañada. Sigue afirmando su fe en la victoria final, pero se percibe que sus palabras no se corresponden con su pensamiento, o que ese final a que alu-

de no está en geografía alguna localizable. Sabe que la realidad va por otro lado, sospecha dolorosamente que toda aquella cáscara seudoburguesa alertada por el gobierno es totalmente inútil. El Tomás Navarro que escuché aquella noche en las salas del Liceo barcelonés no era el profesor, ni el maestro, ni el amigo. Era el símbolo de una generación maltratada y de una situación en la que nos vimos envueltos todos sin comerlo ni beberlo; una espectacular duda, una inseguridad inabarcable, que pretendía gritarse a sí misma una fe, una meta clara para ir tirando. La representación se acabó como Dios quiso. Hacia la mitad, poco más o menos, el apagón, las sirenas de alarma, el zumbido de los motores, las explosiones que bordan el teatro, la multitud que canta en pie, con frenesí, *Els segadors*... Probablemente, no hubo, de todo aquello, más verdad que el tremendo, el desolador miedo de los cantantes franceses, a los que ni les iba ni les venía gran cosa en nuestras querellas, y que aguantaron en el escenario, a pie firme (hubo algún desmayo), una o dos velas encendidas en las candilejas, todo el tiempo de la alarma.

Terminado el gran barullo, la vida vuelve. No hay quien la pare. Se obstina, por fortuna, en nacer cada mañana, pujante, violenta a veces, aunque sufra vergüenzas y persecuciones. Está ahí. Las cosas van cambiando, en consecuencia. Hemos llegado a 1959. Dos de los antiguos discípulos de Tomás Navarro son ahora el matrimonio Zamora-Canellada, y este matrimonio ha seguido recibiendo de lejos el estímulo y el afecto del maestro. En los años americanos tuvimos frecuente y fuerte eco de su voz amistosa. En 1960 recalamos en Nueva Inglaterra, invitados por Darmouth College. Tomás Navarro se había jubilado ya en Columbia University, en Nueva York, y vivía en un lugar pequeño, casi campesino, Northampton, Massachussets, donde su hija mayor, Joaquina, es *chairman* del Departamento de español de Smith College. Su vida se ha ido reduciendo físicamente con los años, las enfermedades. Ha

de hacer paseos reglamentados, trabajar de cuando en cuando de acuerdo con una dura disciplina. En fin, la tiranía médica. Son los días inaugurales de febrero cuando, desde el calor y las tolvaneras de Méjico, salimos a los diez bajo cero del aeropuerto de Nueva York. Desde luego, no creo que fuera en nuestro honor, pero el recibimiento fue a base de una extraordinaria tempestad de nieve que, como siempre en estos casos, sólo los más viejos del lugar recuerdan cosa parecida... En el país de la lógica y la previsión, todo se desmoronó. Los trenes tuvieron que detenerse, los automóviles se escondieron bajo los mantos de nieve densa. Nuestro tren se paró, hubo que esperar gran parte de la noche en un pueblecito. Hasta nos quedó tiempo para ir al cine vecino de la estación: Una película de filibusteros en el cálido Caribe, con sus inevitables tuertos de parche negro en el ojo inútil y múltiples tatuajes en los brazos y en el pecho, las patas de palo sonoras, los gritos de muerte contra los españoles dominadores, la noble dama castellana atiborrada de perlas, que se enamora de golpe y porrazo del capitán pirata... No le faltó ingrediente alguno... Pero ¡se estaba tan calentito allí dentro!

Puede parecer inoperante que yo recuerde estas ingenuas menudencias de nuestra expedición por el hielo del este americano, pero lo hago para que se entienda bien lo que ahora viene. Nos metimos de nuevo en el tren, un tren que avanzaba cauteloso y despacito, por una inmensidad blanca, sin perfiles... Llegamos a la estación de Northampton a las seis y media de la mañana. Parece imposible que la nieve se decida a dejarnos bajar del tren. Y allí, en el andén, a aquella hora y con aquella temperatura, está Tomás Navarro esperándonos, acompañado de su hija. Don Tomás lleva boina, una gruesa bufanda debajo del cuello del abrigo y se apoya en un bastón que, nos dirá, alguien le ha traído de La Roda... No hace falta hablar. Hay, en ese instante preciso, a nuestro lado, un puente de más

de veinte años de luz en su arco y una cercanía sin dimensiones. Mejor es no hablar de la intensidad del reencuentro...

Cuántas, cuántas cosas en la conversación, en el paseo sin descanso, en el añudamiento de tanto cabo suelto. Quería saberlo todo, enterarse de todo, revivirlo todo. Fue una incursión en la auténtica ciencia, la ciencia de vivir, con sus riesgos y sus triunfos. Y lo hizo sin perder la ecuanimidad, con su aire lejaramente ausente, bajo el que fluían calor y comprensión. Era la misma impasibilidad atenta que tenía en sus clases tempranas, la que tiene aún en la foto junto a *Las Meninas*, la que le rodeaba al salir a la Plaza de la Bonanova, en Barcelona, o hablando por los pasillos del Liceo. Y sin perder el *usted*, el usted del Centro, que ya en 1960 no sé bien qué distancias marcaba. Tardé mucho en darme cuenta de que está algo encorvado, que habla más despacio y necesita tomar aliento, que los pies vacilan muchas veces antes de decidirse a dar un paso...

Volvimos otra vez a verle a Northampton, esta vez en verano. Enseñábamos en Middlebury College, en Vermont, en la frontera de Canadá. Un largo fin de semana bajamos de nuevo a Massachussets a ver a Tomás Navarro. Don Tomás, estamos ya en 1966, no sale apenas. Hace algunos ejercicios metódicos. Manejar la segadora del jardín le hace mucho bien. Le hemos llevado un torito de Pedro Mercedes, el alfarero conquense. Don Tomás lo acaricia, lo mira y remira, lo coloca encima de un mueble, lo cambia de posición y vuelve a mirarlo. Ha recibido hace poco un ejemplar del primer tomo del ALPI, lo que le sirve para recordar anécdotas de los colaboradores, los rasgos peculiares de cada uno, no dice nada sobre la tímida y casi compromisaria aparición de su nombre en los preliminares del tomo. La comida es muy tradicional: mesa grande, presidida por él, la forma de servir, de susurrar. Estamos asistiendo en ese momento a una vida



familiar española, la de una familia, perdón por lo manido de la frase, “de antes de la guerra”. Desde aquel verano de 1966 no le hemos vuelto a ver. Sus cartas han seguido llegando, cada vez más temblona la letra, casi ilegible en ocasiones, más escueto el contenido, cartas con el saludo de la cruz, el abrazo de la fecha. A principios del último verano nos escribió Joaquina, su hija, diciéndonos que ya le costaba coger una pluma, pero que le gustaba tanto recibir nuestras noticias... Durante varios años, desde la Secretaría de la Academia (la Academia, que dio la gran lección de conservar a los expatriados en su sitio), le he estado mandando comunicaciones, le he enviado las convocatorias a varios actos sabiendo de antemano que no iba a venir, le he recordado las votaciones inminentes, he tenido en ocasiones que completar su información sobre algún candidato ya muy joven para su larga ausencia... Por un azar, he explicado dialectología en el mismo local donde Navarro daba sus lecciones de Fonética en la Ciudad Universitaria. Muchas vueltas ha dado el mundo desde entonces, y el camino hacia la radical soledad, ¿qué otra cosa es el vivir?, se ha ido aguzando. Pero todavía, a pesar de los altibajos, la voz de Navarro sirve de nexo entre mis comienzos y lo que pretendo comunicar a esas cabezas jóvenes que no le vieron nunca o que nunca oyeron su nombre —quizá por intereses ajenos al auténtico trabajo científico—. Y este nexo, entendámonos, ¿no se llama *magisterio*?

Ahora, en el silencio definitivo, hecha súbitamente historia nuestra relación, todo puede reducirse a algo tan claro y sencillo como esto: fue una gran suerte haber sido discípulo y amigo de Tomás Navarro, hombre ejemplar, el académico que hoy recordamos. Terminemos, con Manrique, reconociendo que hartos consuelo nos deja su memoria.

A. ZAMORA VICENTE.